

SILVIA LONG-OHNI

COMO HUELE LA MUERTE

Huele a silencio el aire
y de a poco declina
un leve atardecer sobre la hiedra
esclava de ese muro acaso ya amarillo.
Sopla una brisa fría que arranca
despiadada
los últimos jazmines olvidados
que dejó primavera en su rápida fuga.
Se han volado los cantos
de la alegre calandria,
del gentil benteveo
y hasta los grillos tercos
son memoria lejana.
Huele a silencio el aire
como huele la muerte cuando viene en camino.

BUENO ES QUE VUELVAS

Valga tu lucidez, extraño amigo,
que alumbras a mis ojos esta noche,
acaso tenebrosa, en que la muerte
afila sus gastadas cuchillas siempre nuevas
porque hemos de morir como te has muerto
y sin embargo alumbras mis ojos esta noche
por voluntad de un otro que se ha muerto
no sin cumplir el tan excelso rito
de ordenar tus escritos en seis libros
para que yo a esta hora de anunciados finales
comprenda que la muerte es harto fácil
cuando la vida ya ha partido de los muelles.
¿Dónde estarán ahora, Lucrecio, amigo extraño,
tus átomos, tus pasos y tus días

idos en la intemperie y la borrasca?
Eres un poco la flor silvestre, el cuerno de una vaca,
una gota del mar, cierta ventisca, el vuelo de un albatros
y dialogo contigo en cada cosa
sin saber con certeza si es que tu rumbo sigo.
A Cicerón le debo la custodia
de esos folios con que es posible ahora
estarnos bajo la noche conversando
mientras la muerte escucha, tal vez,
despavorida. Aquí, sobre la mesa, yacen mis manuscritos:
se cubrirán de polvo, no tendrán cicerones
y morirán conmigo mis palabras
y esta tertulia grave de una noche de insomnio
pero algún peregrino ha de pisar la hierba
en que aquello que fui vuelve a la vida.

DESESTRELLADO EL CORAZÓN

Desestrellado el corazón se inicia
como si nada se hubiera consumido,
recio como aguardiente solitario
que enjuga en el olvido toda sombra.
Desestrellado, digo, porque es noche
en que el pulso que late es una muerte
y apenas se recuerda la luz viva
que se creyó lucero en su inocencia.
No fue ausencia de estrellas. Fue destino
el fuego que quemó hasta las cenizas
el ánimo de luz en las tinieblas.
Creyente he sido y aunque el azar hostigue
con la noche más dura y tenebrosa,
la de luz de artificios y bengalas,
carnavalesco sueño sin sentido,
volveré a ser creyente en otra esquina
del cielo, de este barrio, de las dunas
porque este corazón que apenas vive
desestrellado y todo, lo merece.
ueña consigo para no caer muerto.